Alterego

El último postulado en su panel de actualización había sido: «Hay más poesía en la ciencia que en los versos».

Más que una publicación, parecía una anotación de libreta personal, de *su* libreta personal, esa que Bernal tenía siempre en la mesa de luz y que cada tanto iba a buscar despavorido, generalmente cuando alterábamos los sentidos y creíamos, durante todo el rato, que cada idea que salía por nuestra boca valía su peso en diamantes.

Yo le puse una estrellita y recuerdo que empecé a escribir un comentario, que luego borré porque no me parecía lo suficientemente lúcido. Así que no dije nada, ni siquiera mandé un mensaje a Bernal para que fundamentara lo que había dicho y que a mí me había causado tanta intriga.

Esa misma tarde me ocupé de revisar el balance antes de que mi jefe volviera a pedírmelo. La espalda vertebrada sobre el escritorio, la despedida con los que se fueron yendo a las cinco y luego con los de las seis. Cuando prendí la luz, solo veía mi propio reflejo en la ventana. Los escritorios detrás, blancos, bélicos, se me figuraban un dominó que un día me aplastaría. Intenté ver más allá del vidrio, más allá de mi cara adusta y cansada,

un poco de ciudad. El puente ya había sido bloqueado por la nieve y, para esta época del año, era de entusiastas salir en bicicleta.

Fue entonces que tomé el teléfono, hice unas búsquedas, entré a Alterego, busqué el perfil de Bernal y comenté su publicación:

∑F_ ext = d(p) / dt ¿Un poema?

Terminé el balance cerca de las diez. Me dolían los huesos, como si mi cuerpo perteneciera a una criatura prehistórica capaz de seguir andando por costumbre. Bajé los once pisos, otra vez mi cara, desordenada en la corteza metálica del ascensor. Me despedí del hombre de seguridad, que despertó de su letargo cuando se abrió la puerta, y salí a la noche helada.

En el metro, durante el camino de vuelta a casa, chequeé un par de veces la aplicación para ver si tenía una respuesta. Me extrañó no encontrarla, pero consideré que, quizás, me había quedado sin conexión al descender bajo tierra.

Al llegar a casa, mi puesta en abismo: dejar el bolso sobre la primera silla, colgar las llaves en el pincho contiguo a la puerta, descalzarme rumbo al sofá, arrellanarme, agarrar el teléfono. Había seis llamadas perdidas de un número desconocido. Me incorporé y la devolví. Al otro lado, la voz de una mujer, sollozante, gruesa:

—Sos la amiga de Bernal, ¿verdad?

—Sí, ¿con quién hablo?

—Soy su madre. Bernal… Bernal murió.

La mujer se echó a llorar y casi pude sentirla en mi hombro, consolándola desde mi propio estupor y desde una tristeza manca que todavía no había empezado a tener reflejos.

Pregunté qué había pasado. Tartamudeé conexiones de indicios.

—Hace un rato… horas… leí una publicación de él. ¿Qué pasó?

Según llegó a explicar su madre, Bernal se había resbalado en la calle. No necesité más detalles. En vísperas del invierno las vidrieras se llenaban de calzado apto para la nieve y para suelos cristalizados. Pero Bernal siempre me decía que se negaba a andar por la vida con mastodontes en los pies. Era esa clase de persona que no resignaba su estilo en favor de lo confortable, y a mí solía gustarme mucho su elegancia esmirriada de dandi.

Camino al velatorio recordé que cuando éramos chicos nos anticipábamos a las fatalidades que un día nos tocarían naturalmente. Fantaseábamos con la muerte de nuestros padres, apostábamos cuál sería el defecto heredado en nuestra constitución molecular y nos imaginábamos aún más solos. Pero nos jurábamos que nos tendríamos el uno al otro para cuidarnos cuando no quedara ya nadie en el mundo mandatado a hacerlo. Eso siempre me tranquilizaba. Durante esas conversaciones muchas veces pensaba, y no lo decía, que también uno de los dos podría morir. Sin embargo, mis mecanismos psíquicos archivaban rápidamente ese pensamiento en la latencia, porque nuestra

juventud de entonces no podía encastrarse de ninguna manera en un pensamiento de fin. Habría otras muertes antes, como las de los abuelos, ese primer ensayo de la pérdida que nos prepararía para el futuro.

Los que siguieron a la muerte de Bernal fueron días ciegos. Me movía por mi casa como una intrusa: torpe, ajena, desconocida. Durante las primeras semanas dejé de comer, y cuando me reintegré al trabajo me convertí en blanco de todas las conversaciones a mis espaldas. Mi jefe dejó de pedirme tareas al menos durante un mes, habiendo estimado que en el transcurso de ese tiempo recuperaría mi eficiencia y habría purgado ya el dolor. Cada vez que marcaba la licencia en el sistema, reparaba en la cantidad de días que el aparato laboral consideraba otorgar según la muerte. No era lo mismo la muerte del cónyuge, que de una madre o de un hijo. No había una licencia prevista por el fallecimiento de un amigo.

Una de esas noches llegué a mi casa e intenté tomar una sopa. Ya había empezado a sentir las costillas emergiendo del torso y decidí hacer algo en mi favor. Necesitaba conectar con mi amigo, con la vida juntos que él había decidido compartir con los miles de desconocidos que día tras día comentaban sus ocurrencias. Esta vez, puntualmente, quería revisitar el álbum de nuestras vacaciones en el campo; viajar directamente a aquel recuerdo de plenitud, cuando habíamos prometido

dejar atrás cualquier tópico problemático que nos atravesara. Trataríamos de entregarnos a la liviandad de la gente normal que puede abrir agujeros temporales y suprimir el dolor a cambio de un disfrute en el que alojarse. Ambos decíamos eso en voz alta y nos reíamos. Siempre nos llamaba la atención esa pausa impostada de las vacaciones, un espejismo que tarde o temprano expulsaba nuevamente al orden de la vida real. Pero aquellos días en el campo lo logramos. Quizás porque fue más el silencio lo que nos unió, el silencio de a dos, echados sobre los sillones, abrazados por un verde interminable detrás de las ventanas, el vino, el queso, sus libros, los míos. Un comentario en voz alta cada tanto, la lectura compartida de un párrafo o un renglón.

Fue entonces cuando se me cayó la taza de sopa al piso. Se crispó el edredón, mis manos salpicadas, la alfombra embadurnada. No era posible. ¿Cómo podía ser? Leí una, dos veces. Hacía apenas dos horas, Bernal había respondido mi comentario en su publicación.

«Solo las fuerzas externas al sistema
pueden modificar el movimiento de su centro de inercia,
las fuerzas interiores
no pueden hacerlo».
Un poema.

No me fue posible limpiar el desastre que había dejado la sopa en la alfombra. Con las manos aún salpicadas, sostuve todo el rato el teléfono frente a mi cara. Deslicé el dedo hacia arriba y hacia abajo buscando una explicación, tratando de comprender, a conciencia, que quizás por un bache técnico el comentario había aparecido ahora, pero lo había escrito mucho tiempo atrás, unas horas antes de morir. No obstante, otra parte de mí se sintió extasiada, activada por esa señal que me llegaba a través de la pantalla y me hacía creer que mi amigo estaba ahí, corpóreo, en su casa, quizás recostado en la cama o preparando la cena.

Al acostarme y apagar la luz, la frase ya se había tatuado en mi mente como lo que era. Una y otra vez empecé a buscarle sentido más allá de la enunciación científica. Lo tenía.

Al otro día me reporté enferma en el trabajo. Necesitaba comprobar ese último postulado de Bernal, esa última publicación acerca de la ciencia y la poesía que él probablemente había escrito como una broma y a la que yo, ahora, necesitaba aferrarme.

Durante el transcurso del día pensé en llamar a la madre de Bernal para sondear su conocimiento acerca de si su hijo había designado a alguna persona como responsable de su red Alterego; pensé en contarle que el día anterior alguien me había respondido en su panel de actualización, pero me contuve. Hubiera sido echar por tierra la ilusión

de que aquel comentario había sido escrito por mi amigo.

Esa misma noche, entré al panel de actualización de Bernal y comenté:

F_AB = -F_BA

Al día siguiente no pude pensar en otra cosa. Aquello que yo misma había criticado se convertía en un hábito. El teléfono era una extensión de mi mano. Apenas terminaba un balance, lo extraía de mi bolsillo y lo consultaba. Para tratar de mitigar este impulso, activé las notificaciones de Alterego. Una compañera de trabajo se me acercó —creo que fue lo más sincero que me ocurrió por esos días— para preguntarme, por lo bajo, si precisaba algún tipo de ayuda. *No te veo bien*, me dijo. La miré unos segundos e incluso tenía pensado decirle algo más que un inocuo «no te preocupes», pero de pronto el teléfono vibró en mi bolsillo. Entonces me excusé y fui al baño. Bernal había vuelto a contestarme.

«Para cada acción,
hay una reacción igual
y opuesta».

Pasado el tiempo ya sabía de memoria las leyes de Newton, de Kepler, de Lavoisier. Se habían convertido en un poemario que recitaba mentalmente mientras me ocupaba en algún quehacer doméstico, o mientras caminaba hacia el trabajo

cuando empezó la primavera. Algunas personas se asombraron de mi pronta recomposición. Aquel ectoplasma en el que me había convertido durante los días posteriores a la muerte de Bernal había mutado, ante los ojos ajenos, en una persona vivaz, incluso resplandeciente, distinta a la que fui antes de todo.

Era mi secreto vital. Jugar a que Bernal todavía existía. Encontrar una nueva ley científica, un nuevo poema cada tarde, me completaba. Hasta que necesité saber más. Un halo de racionalidad me atravesó mientras revisaba la planilla de ganancias y pérdidas de la empresa. Especulé acerca de la posibilidad de enviar un mensaje privado. Lo dibujé en mi mente. Escribí, borré, puse *enters*, escribí, volví a borrar. ¿Quería yo saber quién estaba usurpando la identidad de mi amigo? ¿O prefería guarecerme en un duelo espejado, ilusorio, en el que la sola noción de Bernal al otro lado alivianaba la miseria de saberme caótica?

Esa tarde, al llegar a mi casa, ni siquiera me desplomé en el sillón. Directamente abrí la computadora sobre la mesa del comedor y, luego de un extenso rato en el que divagué junto a nuestras fotos y repasé una vez más el poemario exquisito y cadavérico que habíamos construido entre los dos, tomé la decisión.

Hola. Escribo esto temblando, a un más allá de vísceras y huesos. ¿Quién sos? ¿Por qué hacés esto?

Lo borré.

Volví a escribir.

Hola, amigo, increíble lo que estamos haciendo. Podríamos presentar un proyecto, o algo, ¿qué te parece? Científicos poetas. Pensá más nombres. ¿Tomamos un vino mañana?

Antes de cerrar sesión, compartí otro posteo en su panel de actualización:

$\Delta S \geq 0$

Bernal lo comentó a las pocas horas:

«La cantidad de entropía del universo tiende a incrementarse con el tiempo».